

ENSAYOS FILOSÓFICOS

Habitar El Fin Del Mundo: Realismo Capitalista En El Estado De México

Inhabit The End Of The World: Capitalist Realism In State Of Mexico

TRAZOS - AÑO VIII - VOL. I - JUNIO 2024 - e-ISSN 2591-3050

Ivonne Alejandra Zamudio Soto

Universidad Autónoma Metropolitana. Ciudad de México, México.
aalejandra.zamudio@gmail.com

Recibido: 21 de mayo de 2024

Aceptado: 21 de junio de 2024

TRAZOS - REVISTA DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA - AÑO VIII - VOL. I - JUNIO 2024

PÁGINAS 100-108 - E-ISSN 2591-3050

<http://www.ojs.unsj.edu.ar/index.php/trazos/>

INSTITUTO DE FILOSOFÍA - FACULTAD DE FILOSOFÍA, HUMANIDADES Y ARTES - UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN JUAN

Resumen: En este ensayo, utilizo *Elysium*, una película de ciencia ficción, como pretexto para iniciar una reflexión acerca de cómo es que las ficciones sobre el fin del mundo, que se grabaron en Nezahualcóyotl, estado de México, una de las periferias de la ciudad, juegan un papel importante en los imaginarios políticos y las ontologías sociales de los habitantes de estos lugares. Asimismo, propongo desplazarnos hacia otras formas de pensar el tiempo y elaborar nuestros afectos como formas de dislocación al realismo capitalista.

Palabras clave: REALISMO CAPITALISTA – PRESENTISMO – DISTOPÍA

Abstract: In this essay, I take *Elysium*, a science fiction film, as a pretext to initiate a reflection on how apocalyptic fictions filmed in Nezahualcóyotl, state of Mexico, an outskirts of the city, play an important role in the political imaginaries and social ontologies of the inhabitants of these areas. I propose shifting towards other ways of thinking time and our affections as forms of dislocation from capitalist realism.

Keywords: CAPITALISM REALISM – PRESENTISM – DYSTOPIA

Atardeceres grises con destellos naranjas, atmósferas polvosas que nublan la mirada, ventanas rotas, avenidas llenas de basura y restos de objetos cotidianos para los humanos, son elementos recurrentes en las narrativas sobre el fin del mundo. Buena parte de los relatos cinematográficos sobre el colapso que acecha al mundo contemporáneo suelen utilizar escenas de destrucción, hacinamiento, violencia y escasez de recursos para armar sus ficciones. Sin embargo, por más extraordinarias e insólitas que parezcan estas imágenes, lo cierto es que la hegemonía cultural del capitalismo no declina su lugar como supuesto lienzo en blanco, en el que pueden construirse toda clase de ficciones. Las calles pueden estar desiertas, los hospitales y comercios saqueados, pero los que quedan, en sus prácticas y sus modos de relación, logran mantener, lo más intacto posible, valores familiares, heteronormativos, de propiedad privada y de consumo.

Por si fuera poco, el porvenir es imaginado en parámetros culturales y sociales que el mismo sistema económico produce y, por eso, los supervivientes desean recuperar algo que nunca se perdió. De los relatos hollywoodenses sobre el fin del mundo no podemos esperar algo nuevo, pues están contruidos de manera que tanto la destrucción como la reavivación del mundo se mantienen dentro de lo que Mark Fisher (2009) llamó realismo capitalista.

En *Archaeologies of the Future: The Desire Called Utopia and Other Science Fictions*, Fredric Jameson (2005) plantea que el capitalismo como sistema económico se nos ha presentado como la única opción viable para existir y que, por ello, imaginar un mundo, o varios, sin este, se vuelve imposible. En palabras de Slavoj Žižek (2011), “Es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo”. De esta manera, las imágenes con las cuales pensamos el futuro, incluso si es un horizonte apocalíptico, suelen configurarse a partir de las narrativas dominantes en las que la omnipresencia del capitalismo permanece como si fuese algo esencial a la vida.

En este texto, utilizo *Elysium* (2013), una película de ciencia ficción dirigida por Neill Blomkamp, como pretexto para reflexionar cómo es que las ficciones sobre el fin del mundo, que se grabaron en las periferias de la Ciudad de México, juegan un papel importante en los imaginarios políticos y las ontologías sociales de los habitantes de estos lugares. Además, me interesa preguntarme, ¿por qué la representación del futuro distópico utiliza escenarios que, fuera de la ficción cinematográfica, son asociados con el pasado o el estancamiento del progreso? Ofrecer respuestas a esta pregunta implica rastrear cuáles son las articulaciones que ocultan la etérea realidad del capitalismo, para así, mostrar que éste es poroso y su dislocación es posible.

La película de Blomkamp (2013) nos sitúa en un futuro distópico en el año 2154. En la Tierra, la mayoría de la humanidad vive en condiciones de pobreza extrema, sobrevive a la crisis ambiental, a la escasez de alimentación y de servicios de salud. En contraste, la élite rica vive en una lujosa estación espacial llamada *Elysium*, en donde las avanzadas tecnológicas médicas pueden curar cualquier enfermedad y prolongar la vida. Lo relevante aquí es que, las escenas de superpo-

blación y devastación fueron grabadas en el municipio de Nezahualcóyotl, Estado de México, parte de la periferia de la Ciudad de México.

Cuando el director materializa las imágenes apocalípticas de la Tierra y para ello, utiliza un contexto presente, es decir, recurre a un espacio vivo que posee cotidianidad, habitado por 1.077.208 habitantes (Gobierno de México, 2020) y lo captura bajo la narrativa del fin del mundo, lo que hace es trazar cartografías pasadas, presentes y futuras en nuestra construcción de la realidad. Sumado a esto, las escenas presentadas en la película sugieren un ordenamiento jerárquico de los modos de existir, lo cual, tiene efectos en la forma de pensar los lugares que habitamos y su horizonte, o sea, en nuestra capacidad para producir narrativas novedosas de estos espacios.

En mi vida, he escuchado tanto a colegas como amigxs referirse al lugar en donde crecí y vivo como “el fin del mundo”, “ese lugar donde termina la civilización”, “el olvidado por Dios”, etc. Yo no residí en Nezahualcóyotl, pero sí en el Estado de México o “el establo de México”, como se sabe que le dicen algunos habitantes de la Ciudad de México. Describir los lugares en los que habitan muchos trabajadores y estudiantes de la ciudad¹ como espacios que, por un lado, son equiparables con el fin de la civilización, pero que, por otro, poseen características atribuidas al atraso, a eso que detiene los proyectos de progreso, pone de relieve la marginación de ciertas poblaciones y lo contradictorio de pensar el tiempo como una linealidad. Si lugares como Nezahualcóyotl son territorios ideales para mostrar el año 2154, o sea, el futuro de la humanidad, y al mismo tiempo, son pensados como aquello que queda por fuera de la narrativa del florecimiento, entonces tenemos un escenario en el que pasado y futuro ocuparían el mismo lugar.

Esta paradoja temporal evidencia el *presentismo* como esa condición cultural y social en la que la temporalidad se piensa como sinónimo de lo inmediato y obtura nuestra capacidad para inventar futuros alternativos u otras formas de pasado. Especular con horizontes inéditos requiere distanciarse, al menos por un tiempo, de aquello que distrae nuestra reflexión y cuestionamiento, a saber las formas culturales preexistentes para la sociabilidad y la imaginación. (Fisher, 2013, p.41). En este sentido, *Elysium* pretende ser una narrativa de denuncia y crítica a las formas culturales del capitalismo, pero termina por mostrarnos que no hay manera de erradicarlo, únicamente podemos mitigar sus excesos. La película exhibe supuestas acciones anticapitalistas, pero nos permite seguir consumiendo su historia sin mayores sobresaltos, esto es, porque “la tarea de la ideología no es convencernos de algo, sino ocultar el hecho de que las operaciones del capital no dependen de algún tipo de creencia subjetivamente compartida” (Fisher, 2009, p. 25). Si ponemos atención a los escenarios materiales en esta operación y a la construcción subjetiva de quienes los habitamos, no como *extras*, sino como cuerpos que sienten, se mueven y hacen a diario y en presente su vida en estos territorios, quizá se pueda encontrar una grieta a las narrativas del fin del mundo propias de la ideología.

1. Ciudad de México cuenta con unos 4.5 millones de personas que se trasladan todos los días a la capital para trabajar, de acuerdo con el INEGI. Estos datos únicamente contemplan el trabajo formal, pero muchos mexiquenses trabajan en actividades informales.

Para una mutación posible, es imprescindible discutir qué tipo de herramientas configuran el presentismo en el realismo capitalista. Los planos cartesianos han participado de la configuración del tiempo como una trayectoria de una sola dirección (de izquierda a derecha). Así, los planos bidimensionales sirven al capitalismo porque dibujan una idea teleológica de la historia, en la que este modelo económico se erige como resultado del avance de la civilización y por lo tanto, cancela las tentativas de imaginar algo distinto a lo que éste ofrece. Dice Fisher (2009): “el realismo es análogo a la perspectiva desesperanzada de un depresivo que cree que cualquier creencia en una mejora, cualquier esperanza, no es más que una ilusión peligrosa” (p.17).

En este ejercicio de imaginar otro mundo posible, la escritora Ursula K. Le Guin (2016) se pregunta cómo podría escribirse una utopía diferente y dice: “Cuanto más pura, cuanto más euclidiana sea la razón que construye una utopía, mayor es su capacidad autodestructiva [...] la utopía ha sido euclidiana, ha sido europea y ha sido masculina” (pp. 158-159). Los lugares como Nezahualcóyotl, que han sido presentados como modelos del fin del mundo por las narrativas hegemónicas, también nos brindan la oportunidad de mirarlas con atención y develar que su ontología material no solo es espacial (una locación para grabar), sino también temporal, por lo que si queremos seguir pensándolas debemos acudir a otras geométricas. En consecuencia, igual que K. Le Guin, creo que una visión no euclidiana del tiempo, o sea, una superficie curva en la que presente, pasado y futuro ocupan el mismo lugar y en la que no hay un punto cero o una jerarquía dada por su posición en el espacio, pueden ser una vía para exhibir la incoherencia y lo indefendible de un modelo que se planta como la realidad única y así convocar algo novedoso.

Como señalé, los efectos de fabricar representaciones de estos lugares, bajo la lógica de la distopía y la fatalidad, tienen consecuencias. Decir que el Estado de México se parece al apocalipsis, inscribe formas de habitar el territorio sujetas a esa ficción; por ejemplo, intercambios entre personas que despliegan una defensa paranoica del cuerpo y de sus bienes o una actitud desinteresada frente al saqueo de empresas transnacionales en su región, o sea, un estado de shock como el de las películas de acción.

Desplazarse de un panorama bidimensional a uno no euclidiano, requiere la inclusión de otras categorías como colonización, marginación y olvido. Kathryn Yusoff (2018) ofrece algunas coordenadas para hacerlo en *A billion black anthropocenes or none*, texto en el que reflexiona sobre la negritud como un vector material que abre nuevas geografías espaciales y temporales alejadas de los cortes imperiales que les dominaron. Dice: “El Antropoceno parece ofrecer un futuro distópico que lamenta el fin del mundo, pero el imperialismo y los colonialismos han estado acabando con mundos desde que existen”² (pp. 11-12). En este orden de ideas, la negritud está vinculada a la diferencia, es decir, la inscripción colo-

2 La traducción es mía.

nial material e intencional que se ha construido de la negritud ha establecido una vinculación a lo no humano, por ejemplo, a la tierra. De esta forma, por siglos ha sido “coherente” llevar a cabo prácticas de extractivismo y explotación sobre las personas negras como sobre el territorio, sin que ello sea leído como el fin del mundo. El trabajo de Yusoff muestra que, incluso nociones que damos por sentadas como el de humanidad o temporalidad son ficciones coloniales, dominantes y heterogéneas, por lo tanto, desarticulables.

De esta manera,

El poder del realismo capitalista deriva parcialmente de la forma en la que el capitalismo subsume y consume todas las historias previas. [...] Ninguna posición ideológica puede ser realmente exitosa si no se la naturaliza, y no puede naturalizársela si se la considera un valor más que un hecho. (Fisher, 2009, p. 30)

El ejercicio de comprensión al que invitan tanto Fisher como Yusoff, puede ser un desestabilizador serio al realismo capitalista. Más aún, creo que, si leemos las escenas grabadas en el basurero municipal de Nezahualcóyotl y las imágenes de colinas sobrepobladas de casas con tabique gris como paisajes producidos y sostenidos por el realismo capitalista, entonces vamos a poder distanciarnos de los relatos que pretenden que Elysium y la Tierra sean mundos construidos de materiales diferentes. En otras palabras, la película quisiera que creyéramos en la contingencia de estos mundos; pero, si una mira de cerca la basura, el trazado de las calles, la construcción de las viviendas, la localización del municipio con respecto a lo que se considera el centro, podrá fácilmente darse cuenta de que esos objetos no están por fuera de las promesas del capital, de hecho, son el residuo de lo que ese otro mundo deja a su paso, o sea, son un reverso, una parte necesaria para su funcionamiento. “El capitalismo no tiene una tendencia progresiva a desnudarse, desenmascarse y mostrarse *tal como es*: rapaz, indiferente, inhumano. [...] la rapacidad del capitalismo depende de la utilización de diversas formas de enmascaramiento” (Fisher, 2009, p. 61).

Una de las formas más efectivas de enmascaramiento ha sido dibujar cartografías en las que estos lugares que, a diario, reciben y expulsan personas son ubicados como lugares exteriores al modo de producción y consumo capitalista, ya sea por su clasificación dentro del “fin del mundo” o porque son un esbozo de la barbarie previa a la civilización actual. Imaginar los territorios parecidos al de “Neza”, ya no como futuros distópicos, sino como lugares en los que hay personas habitando e inventando prácticas para sobrevivir a la reiteración de que “no hay futuro”, es un primer paso para señalar y multiplicar las fisuras del progreso moderno.

De igual forma, observar en la pantalla grande que espacios en los que millones de personas sitúan su cotidianidad, son tratados como modelos universales de devastación y destrucción, puede tener efectos en las disposiciones políticas y afectivas de sus habitantes. Por ejemplo, las pésimas condiciones en el transporte público y el malestar que ello causa, pueden ser interpretados como un

mal necesario si se quiere tener un mejor trabajo o educación en la ciudad; el paisaje polvoso, las altas temperaturas o la desaparición gradual de áreas verdes y espacios públicos, pueden leerse como inevitables de frente al cambio climático, lo cual, omitiría la intencional venta y despojo del territorio en las periferias. Estas prácticas discursivas crean modos de existir, no solo para quienes son oriundos de estas geografías, también para aquellos que asimilan narrativas hegemónicas y creen estar a salvo o “afuera” de la rapacidad del realismo capitalista. En efecto, la delimitación entre adentro y afuera es indispensable para sostener la coherencia capitalista.

Recuerdo una plática en la que una chica contaba lo difícil que era encontrar un departamento. Su intención era reducir gastos y, aunque la vivienda es muchísimo más accesible en las periferias de la ciudad de México, la idea de desplazarse algunos días entre los márgenes y el centro le parecía insostenible, entre muchas cosas, porque los trayectos pueden implicar horas. Lo singular fue su manera de enunciarlo, dijo: “Yo no podría. Mi cuerpo no lo toleraría, entiendo que hay gente que sí pueda hacerlo, lo respeto, pero yo no estoy para eso.” En lo dicho se puede leer, primero, la naturalización de espacios centralizados y la marginación de aquellos que caen por fuera del centro; segundo, cuando se dice “hay gente que sí pueda hacerlo”, se intuye la creencia de que hay cuerpos dispuestos o en condiciones (por su ontología) de exponerse a actividades que claramente son lamentables para cualquier persona. Es decir, el rechazo no se dirige a la desigual distribución del tiempo-espacio o a la tajante división entre el centro y el margen, sino a no ser ese cuerpo, esa gente. Fisher (2009) reconoció algo parecido a esta actitud apática y cínica entre sus estudiantes de secundaria, y la llamo *impotencia reflexiva*; una visión tácita de las cosas, una especie de conocimiento de que las cosas andan mal, pero ante lo cual no se puede hacer nada; un saber que no deriva de la observación y la atención sino de la resignación o de una profecía autocumplida (p. 35).

Establecer una equivalencia entre escenarios apocalípticos y espacios comunes o domésticos en las periferias de la ciudad de México, produce en las personas el anhelo de salir y migrar hacia planos en los que el porvenir todavía está prometido. Es decir, si la clase dominante parece tenerlo todo, la única posibilidad de tener futuro es ser como ellos, alcanzarlos. En efecto, narrativas como *Elysium* discurren bajo la premisa de que sentir envidia es inevitable, lo que es más, la reacción esperable. Por eso, elijo seguir la invitación de Fisher (2013) para ir más allá de los celos y pensar el resentimiento.

Para Friedrich Nietzsche (2009), la moral del resentimiento censura la reacción de la acción para el esclavo y solo le permite una venganza imaginaria porque su mirada del otro como no-yo convierte el no en la cualidad de su producción creativa, es decir, el resentimiento aleja al esclavo de la vida porque activa una moral de odio a sí mismo (p.50). Sin embargo, para Fisher (2013), el resentimiento no tiene porqué ser una pasión inútil o que termine en impotencia. De hecho, por su ferocidad, el resentimiento puede incitar a la imaginación de escenarios

otros, entonces, atenderle y articularlo con imágenes e interpretaciones diferentes a las ofrecidas por la ideología, podría resultar en la desestabilización de la estructura de clase (p. 274).

La diferencia entre celos y resentimiento es que los primeros implican el deseo de volverse la clase dominante, mientras que el segundo sugiere una furia hacia la posesión desmedida de recursos y privilegio. En este sentido, advertir, explorar y confrontar el resentimiento nos habilita para ir más allá de la inacción quejosa, subvertir la experiencia de inferioridad y subordinación con respecto a la dominación (p. 275). En esta perspectiva, el resentimiento es el inicio de la resistencia y el cuestionamiento de las narrativas que proponen la asimilación del capitalismo como la única salida posible. Esto es, porque el resentimiento, intervenido por la reflexión, puede escampar la mirada y hacernos percibir la inconsistencia del realismo capitalista que habita y se reproduce en nuestros modos de vida.

Reconocer el resentimiento como un afecto con la fuerza para desbloquear la culpa y los constreñimientos del goce, implica la transición hacia el deseo. Subvertir las narraciones apocalípticas de nuestros territorios a través de un habitar insólito, implica que nos ocupemos de pensar nuestros afectos de manera local y con otros, negarnos a ser construidxs únicamente desde relatos fatídicos y desesperanzadores en los que la hegemonía capitalista nos ubica. No se trata de idealizar la precariedad, porque eso ya lo hizo el capitalismo; nuestra tarea es narrar e imaginar nuestras prácticas cotidianas con la dignidad de quienes saben que otros futuros son posibles.

Referencias bibliográficas

Blomkamp, Neill. (Director). (2013). *Elysium* [Película]. TriStar Pictures.

Fisher, Mark. (2009). *Realismo Capitalista*. Caja negra.

Fisher, Mark. (2013). *Los fantasmas de mi vida*. Caja Negra.

Gobierno de México. (19 de Mayo de 2024). Municipio de Nezahualcóyotl. *Data México*. <https://www.economia.gob.mx/datamexico/es/profile/geo/nezahualcoyotl?redirect=true>

Jameson, Fredric. (2005). *Archeologies of the Future: The desire called utopia and other science fictions*. Ed. Verso Books.

Kroeber Le Guin, Ursula. (2016). Pensar la Utopía. En Moro, Tomas, *Utopía, edición V Centenario* (pp. 148-175). Ed. Colophonius.

Nietzsche, Friedrich. (2009) *La genealogía de la moral*. Alianza Editorial. Novena reimpresión.

Yusoff, Kathryn. (2018). *A billion black Anthropocenes or none*. University of Minnesota Press.

Žižek, Slavoj. (2011). *Living in the End Times*. Ed. Verso.

Cómo citar este artículo:

Zamudio Soto, A. (2024). Habitar el fin del mundo: realismo capitalista en el estado de México. *Trazos-Revista de estudiantes de Filosofía*, 1(8), 100-108

